

“No obstante mi error, me puse á contemplar á este *nuevo Chabrier* con un vivo interés; sus facciones, su fisonomía, en fin, todo su conjunto formaba un singular contraste con los demás que le cercaban. Fijáronse en mi sus ojos grandes, negros y centellantes; su hermosa figura meridional se animó; una sonrisa de alegría entreabría sus labios, y un vislumbre de felicidad pareció brillar en su mente: se regocijó como se regocija la sombra cañada cuando el sol la ilumina con sus rayos. Se dirigió á mí y saludándome con aquel donaire, con aquel despejo que distinguen al hombre que la recibido una educación esmerada, me dijo en frances: ¡Ah señorita! ¡Cuán grato es llegar á ver una compatriota, una muger! El mismo idioma hablamos, y podré comunicar á vd. cuanto padezco; podré comunicar á vd. cuantas penas me agobian en este miserable asilo, donde me tiene encarechada la mas odiosa injusticia.

“Me siguió al patio donde los demas locos se hallaban reunidos; á nadie vi sino á él. Me estubo hablando mas de media hora; pero de una manera tan sensata, tan racional, tan observaciones, que me vieron tentaciones de creer que no era loco. Me fué forzoso separarme de él, para visitar el resto del establecimiento, y lo prometí que no saldría sin verlo.

“Como ya he dicho aludiendo á las mugeres, noté en los locos criminales la misma impresion que habia observado en la fisonomía de los criminales de New-Gate, á escepcion de tres ó cuatro que merecen que hable de ellos en particular.

“Vi á James Hadfield, el que intentó matar á Jorge IV, lanzándole una piedra á la cabeza; lleva 22 años de encierro. Ignoro si hubo un tiempo en que fué, lo que verdaderamente se llama loco, porque en el dia, sus acciones y sus palabras, no presentan indicio alguno de locura. Habia un aposento reducido, y tiene gusto en conversar con las personas que van á ver el hospital. Tuvimos un largo rato de conversacion con él; sus hábitos demuestran que está dotado de una sensibilidad espasiva, de un corazon tierno, y que tiene una fuerte necesidad de afecto. Sus compañeros de soledad han sido dos perros, tres gatos, algunas aves, y últimamente, una ardilla. Profesaba á estos animales un tierno afecto, ha tenido el pesar de verlos morir, el mismo los ha diseado, y en su habitacion los conserva. Ha puesto su capítalo á los restos de cada uno de estos seres, objetos de su cariño, composiciones que sirven de desahogo á su pesar. En la parte superior del capítalo de su ardilla, ha delineado é iluminado la figura de este último amigo que ha perdido.

“También debo decir, que hace de sus afectos

los cierto *pequeño tráfico*, que le procura una renta no despreciable: distribuye sus capítalos á los que le visitan, y estos en cambio, le dan algunos shillings. Despues de este anciano James Hadfield, que es un buen hombre, afable, afecto á conversar, se siguen los *dos amantes de la reina*. Uno de estos es un jovencito de 22 años, que rie y se escapa cuando se le pregunta si aun tiene amor á su futura; el otro es un hombre de 30 años, que tiene cuello y cabeza de toro; como es un loco furioso, no le vimos sino por entre las barras de hierro de su aposento.

“En tanto que visitaba las diversas partes del establecimiento, se turbaba la razon del pobre Chabrier. En la reja del corredor me esperaba; sus movimientos, su agitacion, manifestaban una estremada impaciencia; le centellaban los ojos, se le alteraba la voz y se estremecian todos sus miembros. ¡Ah hermana mia! hermana! me dijo con un acento fraternal, y que tenia no sé qué de angelico. ¡Sabéis quién os ha encerrado á este lugar de desolacion? Dios; y os ha encerrado, no para que me salvéis, porque debo perecer aquí, sino para que salvéis la idea que he venido á traer al mundo. ¡Escuchad, oh hermana mia, escuchad! bien sabéis que soy el representante de nuestro Dios; el Mesias que anunció Jesucristo; vengo á concluir la obra que él dejó comenzada; á destruir vengo, todas las servidumbres; á libertar á la muger del yugo del marido; al pobre de la esclavitud á que le quiere sujetar el rico, y al alma de la servidumbre en que la tiene el pecado.

“Este lenguaje, en mi juicio, no era el de un loco; no se esplicó en otros términos Fourier. Continué: *Sobre mi pecho traigo el testimonio de mi mision*. Se desabotonó su levita y sacó en efecto del pecho, una gran cruz que habia formado con la paja de su colchon, y atado con la lana hilada de su colcha.

Aun dudaba yo de su estado, cuando arrojando sobre Madama Wheeler una mirada terrible, dijo con aquel acento, con aquellos ademanes de la demencia. *Esta muger es inglesa, en ella veis representados la materia, la corrupcion, el pecado; ¡sal de aquí, muger impia! tú fuiste quien me asesinaste. ¡Apodérense de esa muger! ¡Hermana: ahí tenéis á la que asesinó á nuestro Dios! Yo te arresto! esclamó precipitándose sobre ella; ¡te arresto en nombre de la ley nueva!*

“Madama Wheeler, sobrecogida de espanto, huyó; por lo que á mi toca, no estaba muy tranquila. *Hermana, prosiguió, roy á darte el regalo de la redencion, porque te juzgo digna de él*. Tenia el infornuto sobre su corazon, una docena de *crucetas de paja* envueltas en un pelazo de crespon, y circundadas por un listón

cillo rojo. Leíanse encima estas palabras: “*Luto y sangre*.” Tomó una de ellas, y me la dió diciéndome: Toma esta cruz, consévala en tu pecho, y vete por el mundo á predicar la nueva ley. Luego poniendo una rodilla en tierra, tomó mi mano, y me la estrechó muy fuertemente repitiendo: ¡Enjuga, hermana, tu llanto! En breve el reino del diablo se seguirá el reino de Dios.

“Inquietísimos estaban los guarda locos; querian hacer uso de la fuerza para desprender su mano de la mia, pero me opuse á que le irritasen; estaba persuadida de que niugun daño me haria. Le rogué que dejase mi mano, y me obedeció sin resistencia. Se inclinó luego hasta el suelo, besó la orilla de mi vestido y repitió vertiendo copiosas lágrimas, con una voz que sus sollozos interrumpian: ¡La muger sobre la tierra es la imagen de la Virgen, y la desconocen los hombres!... ¡la arrastran por el cieno!... “

“Me evadí yo tambien llorando. ¡Infortunado! ¿Cuánto debe padecer, cuando llega á recobrar su razon! Al pasar por el estrecho del corredor, me puse á observarle desde la viga que le sirve de division. Continuaba en el mismo sitio de rodillas con las manos juntas, el cuerpo inclinado y ojos los ojos sobre su gran cruz que tenia delante, tendida en tierra. ¡Oh! su figura en esta actitud, era verdaderamente interesante. Me parecia otro San Juan.

“Era en efecto loco este hombre! Cuanto me habia dicho, no manifestaba sino un hombre en cuya imaginacion abundaban ideas sociales, políticas y religiosas; cuyo corazon rebosaba de amor hácia sus semejantes. El aspecto de la bajeza, de la corrupcion, de la hipocresia, sublevan su alma, y su religiosa indignacion estalla. Observé en él una fuerte disposicion á ecallsarse; pero no encontré aquellos rasgos característicos de la locura. Billaba en sus palabras por intervalos, aquel fuego creador del genio. Tal vez le eran odiosos sus perseguidores; pero sus discursos eran lógicos y facilmente se percibia el orden de aquellas ideas por las cuales le eran sugeridos.

“Estraña cosa! Entre los cuatrocientos locos que habia encerrados en Belen, se habia admitido por especial favor á un frances, y este frances se cree el Mesias, se dice representante de Dios y habia en el nombre de la ley nueva (1).

(1) En Belen supié que Mr. Chabrier, antes de ser conducido á aquel hospital, ocupaba todo su tiempo en escribir y en agitar cuestiones de la mayor importancia; pero que de preferencia se ocupaba, en atacar las doctrinas religiosas, sobre las cuales emitía pensamientos filosóficos y morales muy profundos. Si le encerró como loco, á consecuencia de un gran delirio accidental.

“Si se oye en una reducida porada de la ciudad.

“Sucedió que un Domingo, cuando todos estaban entregados á la lectura de su Santa Biblia, se pasaba en el locu-

“Personas fidedignas me han asegurado lo que acabo de relatar. Mr. Chabrier es muy tenaz en su opinion, y la defiende en un tiempo muy inoportuno; pero su pensamiento en si, es evidentemente racional. Cansó anunció que habia de cesar la práctica de la Biblia.

“Si como una ley social y moral á un tiempo mismo, nos hubiésemos abstenido desde aquella época, de ponerla en uso, ¿de qué modo esplicaríamos los triunfos del cristianismo, y los que seis siglos despues obtuvo el mahometismo?”

“Mr. Chabrier es marseles. El administrador del hospital de Belen me dijo, que habia escrito al prefecto de aquella ciudad de su nacimiento, y á Madama Chabrier igualmente. No comprendo cómo puede ser que persona alguna haya reclamado á este pobre hombre: de suerte que se halla desamparado en Londres, abandonado á la merced de extranjeros. ¿Tendría acaso la familia de Mr. Chabrier, algunas razones particulares que puedan servir de excusa á tal exceso de crueldad?....

CAPÍTULO XV.

TEATRO INGLÉS.

A sus noticias sobre el teatro inglés, hace predecir Madama Tristan sus consideraciones acerca del teatro en general, y discurre de una manera tan ideológica, que no he creído preciso seguirla, porque mis lectores saben sobre poco mas ó menos el origen del teatro, sus efectos, su influencia en el movimiento de la civilizacion, y cómo participa del espíritu dominante en las épocas de su existencia. Como Shakespeare es, hablando con puridad, todo el teatro inglés, la señora francesa que se pasó en Londres, describe su genio, su literatura y sus gustos con bastante propiedad, y avanza una opinion que siempre ha sido la mia, de que Shakespeare es el primer romántico del mundo, el hombre sin estudio y sin reglas, el hombre, sin embargo, de su nacion, porque nada es mas inglés que este arte de un poeta, y es un inglés sin disfraz, un inglés aristócrata y plebeyo, un inglés siempre brusco.

torio Mr. Chabrier. Se detiene repetidamente delante de la puerta de la casa, interrumpiendo su palabra ledora y le pregunta: ¿qué hacia con las cosas viejas, cuando habian tenido tanto uso, que no podian usarse? La inglesa á quien habia sorprendido la pregunta, le dijo en respuesta: las quiero para encender el fuego. ¿Y por qué no las va vd. guardando? ¡Por qué, porque cuando incendie serian estorbos. Pues bien, muger, haga vd. con la ley vieja, lo que hace con sus escuelas, cerrada el fuego, y case desocupar su mente con ideas que fueran buenas en su tiempo; pero que ya de nada sirven. Dijo, tomó la Biblia á esta muger, y la lanzó al fuego.

“Este incidente hizo una fuerte sensacion, y estuvo á punto de producir un tumulto en el barrio quehien los fanáticos apoderarse del templo; pero el loco quieto sostuvo el templo con la fuerza de sus miradas, y el vigor de su brazo; y nadie se atrevió á tocarlo.”

y permitaseme decir, un inglés que convirtió en brutal á la literatura. Yo he visto en los Estados-Unidos puesta en escena los tremendos dramas del poeta inglés; yo he admirado tanto su fuego como su furor; y me he regocijado de no haber nacido inglés, porque así no siento placer en esos elocuentes estravíos de la razón, en esos torrentes de poesía, cuya sublimidad solamente puede encontrarse en el terror. Yo suplico á mis lectores, que mediten sobre ese Hamlet, y si no se estremecen, yo diré que son ingleses; yo les ruego que confiesen, que uno de nosotros no puede sufrir que un judío se pague sus dividendos con un pedazo de carne, y tantos otros rasgos que salpican de sangre las concepciones del bardo inglés. El es sin embargo para su país, un día sin aurora y sin tarde; un poeta sin abuelos, sin hijos y sin imitadores. ¿Qué nos resta? Ver cómo se representan esas piezas en Londres, porque las traducciones inglesas de los Vaudevilles franceses, son, como decimos, guiadas para la tarasca, y ligeros entretenimientos de un pueblo, que solamente gusta del teatro cuando corre sangre en las tablas y mancha á los espectadores. «Los espectáculos, cuenta Madame Tristan, que comienzan de seis á siete, y la ópera á las ocho de la noche; todos acaban á la mitad de ella. Alumbradas las salas con gas, en verano, son escesivamente calientes, y en invierno muy frías. El olor que despiden el gas se dirige á la cabeza y la enferma; después los candabros, colocados en las tres líneas de los palcos, llevan á los ojos oleadas de luz que los ciega. Estos inconvenientes no son los únicos; á las nueve y media en todos los teatros los asientos valen la mitad de precio; entonces llegan masas de mugeres públicas y de hombres de todas clases; las mugeres circulan por todas partes, se sientan al lado de cualquiera si encuentran lugar, escuchan un olor de ginebra, capaz de producir una asfisia; entran y salen de los palcos cada rato, porque la representación no es su objeto, y asisten al espectáculo solamente por desempeñar su oficio, y constantemente están espuestos los concurrentes á sufrir torrentes de aire por las puertas, que se dejan abiertas. En los corredores se perciben ruidosas carcajadas, gestos y chanzas licenciosas: todas esas voces roncadas y que parecen ladridos, chocan y hacen creer que aquella es una de las cloacas de la bella civilización. El ambiente tiene no sé qué cosa de deletéreo que oprime al pecho; en el teatro la desverguenza no tiene límites, y la prostitución se manifiesta con descaro; allí ocurren escenas de tal manera escandalosas, que la pluma se resiste á trazarlas. En todos los teatros, las decoraciones son lujosas, los bancos y las sillas son elegantes, la sala está adornada con miles de luces; y se encuentra un café con toda clase

de refrescos, y en el invierno un buen fuego; pero en todos los teatros las mugeres públicas se apoderan de los mejores lugares, y la obscenidad de sus provocaciones escluye á toda muger dotada de algun pudor, y á los hombres que no han abdicado enteramente toda delicadeza. Cuando estuve en Londres en 1835, las mugeres públicas en el teatro de Drury-Lane, llevaron su cinismo hasta el extremo de quitar sus vestidos á un jóven á la vista de todo el mundo, de robarlo y de dejarlo enteramente desnudo. Este desgraciado, de quien se habían apoderado cuarenta ó cincuenta Mezeras, pidió socorro y nadie se lo dió. Cuando el salón quedó desocupado, se le halló metido en un rincón de que no se atrevía á salir.»

Con vista de lo relacionado, y esto que caritativamente omito muchos mas escándalos, quedan desde luego declarados conventos regulares, y de lo mas austeros nuestros, teatros Principales y de Nuevo-México. Si alguna alma pecadora se desliza entre la multitud, el público le impone respeto, y ella guarda circunspección. Los amantes del orden y de la decencia, critica-ban entre nosotros ligeros deslices de la fragilidad humana. Consuélese, pues, con semejantes contrastes, y vean que nuestro pueblo es mejor de lo que se pensaba, y que nada debe envidiar allende los mares.

CAPÍTULO XVI.

TRIBULACIONES DE LONDRES.

En este artículo ha recogido Madame Tristan cuantas miserias y escaseces sufren los ingleses, después de reprenderlos porque fuera de su país se factan de que todas son para ellos mortificaciones. Conviniendo con esta implacable señora, que el inglés padece mucho en su casa, merece que se le advierta, que donde quiera que mora el hombre, tiene goce y siente privaciones, sea en París ó en Londres, sea en México ó en Tetsuan. Además el placer, tanto como el dolor, es relativo, y lo que en la Groenlandia causa pena, es acaso en Roma motivo de satisfacción y entretenimiento. Donde yo no percibo otro talento que el de la caricatura, paso adelante hasta no dar con observaciones dignas de un filósofo.

CAPÍTULO XVII.

LAS MUGERES INGLESA.

Si es exacta la relación que hace Madame Tristan de la suerte y condición de las mugeres en Inglaterra, ella no puede ser mas infeliz y desgraciada. Esclava y miserable desde su infancia; mal educada si no se le prepara para que brille entre los literatos; mas esclava todavía en su enlace con un hombre que no habla mas que de

negocios, ni piensa en otra cosa que en amontonar dinero; degradada si no toma un marido, y considerada como hermafrodita si prefiere el celibato; es en fin, la muger inglesa, un verdadero mueble, si no se convierte en autora, y son entonces sus goce meramente espirituales, sin que pueda prometerse ni un paraíso como el de Maloma, ni el modesto jardín de las delicias en que comió la fruta maldhada la madre del género humano. Ciertamente que la muger mexicana, no puede aspirar á otra felicidad que á la de obtener un esposo ó encerrarse en un convento; mas el esposo mexicano es dulce, tierno y compasivo; y en un convento de nuestras monjas, el único sacrificio es la separación del mundo, porque las monjas antiguas son verdaderas madres, y las jóvenes inspiradas que sacrifican su libertad y su cabello, son tratadas como hijas queridas, y respetadas como primicias del bello seco que se consagran en el altar de Dios. Estoy íntimamente convencido de que el hombre mexicano debe anteponer su patria á todas, y de que la muger mexicana debe preferir su esposo á todos los esposos y su convento á todos los conventos. La triste celibataria, lo mismo vive en Londres que en México, porque no vive, y donde quiera su mansion es un sepulcro.

CAPÍTULO XVIII.

LAS CASAS DE ASILO.

Madama Tristan se complace en recomendar los objetos de esta caritativa institución, y en buscar á los establecimientos de Inglaterra algunos defectos, que no he considerado verdaderos. Las salas de asilo es un recurso inventado para atender á la miseria; y no puedo unirme á los que critican las imperfecciones de las que existen en Inglaterra, porque no veo en mi país que se haya adoptado un pensamiento cuyo designio es tan conforme con los preceptos y ejemplos de la caridad cristiana. La única institución que medio se les asemeja, es la casa de corrección fundada en esta capital por el Sr. D. Manuel Eduardo Gorostiza, quien deja en ella un monumento á su memoria, que será un duradero como la moralidad que procura para la juventud. Yo besaré siempre con ternura, la mano que ha sembrado esas semillas de virtud entre mis compatriotas; y apetezco que el hombre filantrópico que ha emprendido estos trabajos, sin apoyo y sin estímulos, lleve esa misma mano bienhechora al corazón, y que en él encuentre su mas pura y mas bella recompensa.

CAPÍTULO XIX.

OWEN.

Permitame Madame Tristan que condenando tanto el sistema de Owen, como su juicio apo-

lógico, no entretenga á mis lectores con el extracto de sus opiniones, que ha calificado mi razon de peligrosas y absurdas. Ciertamente que Owen pondera y escaseza la pobreza de los proletarios de Inglaterra; pero no lo es menos, que escaltando y estraviando su imaginación, lejos de proporcionarles recursos y consuelos, los precipita en el abismo de la desesperación ó de los trastornos civiles. Owen, si no es un ateo es un materialista; y esos reformadores, que comienzan por desconocer á Dios, destruyendo la primera esperanza del hombre, ó que rebajan y degradan su especie, son unos verdaderos conspiradores contra la felicidad humana, y que merecen ser apedreados en la plaza pública. En otros siglos era combatida nuestra creencia en detail. Ahora se dirigen los ataques al todo del sistema moral que predicó el mejor de los Hombrés, para la dicha de nuestra especie. Estas tentativas impías, no pueden producir efecto alguno en las masas, porque su creencia se ha afirmado en la experiencia de que si el desgraciado no alza la vista al cielo y fija su esperanza en Dios, en vano torna los ojos para escitar la misericordia de los hombres.

RESUMEN.

Después de haber dado fin Madame Tristan á su obra, todavía escribe unas *pinzelladas*, lo que es muy propio del carácter de las mugeres, quienes no pueden redactar una carta sin agregarle su *posdata* y *enmienda*. Mas como la señora repite sus declamaciones, y señala de nuevo objetos muy frívolos de su crítica, no continué mi extracto, siendo suficiente el que presento al público, para dar á conocer á esa ciudad y á esa nación, por los rasgos vivos, animados, satíricos y hasta atroces, de una muger dotada con altas cualidades para la literatura. Sus relaciones, aunque apasionadas, presentan siempre un fondo de verdad; y han podido servirme como de puntos de contraste para recomendar el carácter del pueblo mexicano, y limpiarlo de las manchas con que lo cargan escritores inavertidos ó malévolos. Estos escritos que se versan sobre los hechos, hábitos y costumbres de pueblos que se consideran mas civilizados que el nuestro, sirven para considerar, que es una indemnización suficiente de los defectos en que abundan por necesidad ciertos pueblos, medio entos, la carencia de otros abusos, que siguen á la civilización mas adelantada. No estamos obligados, no á avergonzarnos del carácter imperfecto de nuestra nación, cuyas tendencias mas pronunciadas, son hacia el bien moral, que es el requisito esencial de la organización de las sociedades. Concluiré diciendo con el viejo Ho-

racio, el maestro de la poesía en todos los siglos: *Non ego paucis offendar maculis*. Pequeñas son, en verdad, las manchas del carácter mexicano: trabajemos sin intermisión porque sea el mas honesto entre todos los pueblos de la tierra.

México, Diciembre 10 de 1843.—José María TORNEL.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

A JULIO G....

DUERME en la alcoba sombría
Y cabe un humilde altar.
Pálido niño, á la sombra
De alto lecho maternal.
En tanto que así reposa,
Su párpado virginal
Para la tierra cerrado,
Se abre para el cielo ya.
¡Cuántos sueños....! Mira alegre
Un vastísimo arenal,
De relucientes diamantes
Cubierta su inmensidad;
Y mira radiantes soles,
Y hermosas que con afán
En sus brazos, almas puras
Llevan á la eternidad.
¡Dulce ensueño!... Ve arroyuelos,
Y oye una voz celestial
Que del agua clara sale
En armonioso cantar.
¡Qué hermosas ve á sus hermanas!
Junto á ellas su padre está:
Con alas, como las aves,
Sueña á su madre mirar.
¡Ve tantas cosas tan bellas!...
Lirios, jazmin y azahar.
En un corredor que cubren
Pabellones de arrayán;
Lagos do los peces corren
Bajo el onda de cristal
Que, en las cañas de la orilla
Se arruga y riza al tocar....

¡Ah! duerme siempre, amor mio!
Duerme ¡oh niño! duerme en paz.
Tu alma de querube ignora
A dónde tus días van.
¡Qué importa! Como alga muerta
Vas por el turbio raudal:
La corriente te arrebató;
Pero tú durmiendo vas.
Sin cuidados, sin afanes
Tú duermes al caminar:
De la inquietud fatigosa
Nunca la mano glacial

Sobre tu cándida frente,
Que aun sin arrugas está,
Con sus estériles uñas
¡Mañana! escribe tenaz.

¡El pobre duerme! Los ángeles,
Que saben desde antes, cuál
De los miseros humanos
La suerte cierta será;
Viéndole inerte y tranquilo,
Sin temor y sin pesar,
Le besan las manecitas
Con lágrimas de piedad;
Con sus labios de los suyos
Rozan la miel al pasar;
Y el niño, que ve que lloran,
¡Gabriel! les dice no mas.
Pero el arcángel le toca,
Y su cuna al menear,
Le pone en la boca un dedo,
Y otro alza al cielo inmortal.

Mas la madre se apresura
El niño rúbio á arrullar,
Creyendo que algun ensueño
Negro, le oprime tenaz.
¡Con alto orgullo le admira
Y oyéndole suspirar,
Le hace sonreír dormido
Con un beso que le da!

Octubre de 1843.—C. COLLADO.



BOTANICA.

AUMENTO DEL REINO VEGETAL EN EUROPA.

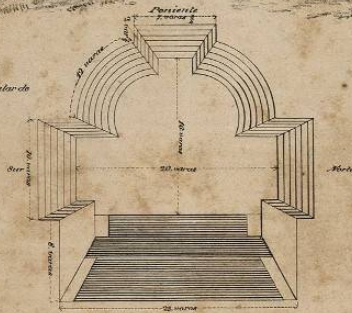
Uno de los mas sábios botánicos ha calculado, que despues del descubrimiento del Nuevo-Mundo, 2,345 variedades de árboles y de plantas de América, y mas de 1,700 del Cabo de Buena Esperanza unidas á otras originarias de la China, las Indias Orientales, la nueva Zelanda, y diversas partes de Asia de Africa, y de los confines de la Europa, han hecho subir á mas de 20,000 las clases de las plantas cultivadas con las cuales está enriquecida la zona templada de Europa.

[La Mosaïque].

APUNTES ARQUEOLOGICOS.



Plano perpendicular de
el templo



DEPARTAMENTO DE VERACRUZ.
Ruinas de un Templo situado á dos leguas del Puente Nacional.

HACE algunos días que hablando con el R. P. M. Fr. María Cabeza de Vaca, amigo mío, sobre las ruinas que se han encontrado y pueden encontrarse en nuestro país, me refirió que siendo cura del "Puente Nacional," por los años de 1819 ó 1820, había visto casualmente unas entre aquellos bosques. Desde luego que tal cosa oí, formé el proyecto de ir al "Puente," lo comunicué á mi amigo D. A. Oboussier, y convenimos en salir de esta ciudad el día 7 de Noviembre. A las tres de la tarde de dicho día verificamos nuestra salida, acompañados del conde de Sussanet, de D. Juan Naudin, y de Mr. Castillon. Llegamos al "Puente Nacional" á las 11 de la noche, y nuestra primera diligencia al siguiente día, fué presentarnos al cura de aquel punto con una carta que al efecto llevábamos, del R. P. Fr. M. Cabeza de Vaca, para que nos informara del paradero de un labrador llamado Murrieta, que era el único que eclesiasta de los que lo habían acompañado á las mencionadas ruinas. A pocos momentos se nos presentó este anciano, y le dijimos el objeto que allí nos llevaba. Nada recordó por lo pronto, y á haber sido menos curiosos nos hubiera desanimado cuando lo hizo, pues nos dijo que eran algunas paredes viejas que no tenían que ver; que estaban á dos ó tres leguas de distancia, y que hallándose dentro de los montes, debía ser muy dificultoso el tránsito hasta ellas. Nosotros insistimos en ir, y le dijimos que llevara dos ó tres hombres para que rozaran en el monte lo que fuese necesario. Así lo hizo, y serían las diez de la mañana cuando emprendimos nuestro camino.

Antes de llegar á la cuesta de la Calera, en un lugarcito que llaman el "Pioche" á una legua ó legua y media del "Puente Nacional," tomamos á la izquierda separándonos del camino real. Bajamos una barranca por lugares apenas transitables, y sin poder dar con el rumbo por donde estaban las ruinas, saltimos dos ó tres veces á la margen del caudaloso río del Puente, y anduvimos perdidos entre aquel monte. Rozando siempre el espeso ramaje que nos impedía el paso, nos encontramos de pronto con aquellas hermosas ruinas.

Difícil es describir la alegría que tuvimos al ver que aquello, tan despreciable para las sencillas gentes que nos guiaron, era un templo del

tiempo de la gentilidad de los indios. ¡Qué pensamientos tan poéticos! ¡Qué ideas tan sublimes se agolpan á la imaginación, cuando se contempla uno de estos monumentos que sobreviven á los siglos, como para perpetuar la memoria de los pueblos que lo levantaron! La naturaleza estaba en calma: el sol resbalaba perpendicularmente sus ardorosos rayos sobre el hermoso templo; y ni el mas ligero vientecillo venia á retozar entre las frondosas copas de aquellos árboles gigantes. Había, sin embargo, algo de encantador en aquellos lugares; y el silencio religioso que allí reinaba, interrumpido de vez en cuando por el lejano canto de alguna ave solitaria, y por el rumor sordo con que se arrastran las aguas del caudaloso río, convidaban á una profunda meditación. El bosque es espesísimo. Innumerables y gruesos bejucos cierran el paso por todas partes, enredándose como enormes serpientes en los troncos de aquellos viejos y robustos árboles. Tal parece que la naturaleza formó allí aquella muralla impenetrable, para guardar la obra de un pueblo que ha desaparecido ya, y que si no fué tan culto como otros pueblos contemporáneos suyos, pudo al menos legar un recuerdo á la posteridad, firmando sobre la tierra con una firma semejante á la que dejó el orgullo de los Faraones en las llanuras del Egipto.

El templo está situado en la cumbre de un montecillo, elevado á unas treinta varas de altura sobre el nivel del río, que corre magistrosamente á sus pies. A causa de la desigualdad del terreno en que está levantado el edificio, tiene este treinta y tres pies castellanos de altura por unos lados, y cuarenta y dos por otros. El frente queda al Oriente, y se sube á la plataforma á atrio superior, por una escalera de treinta y cuatro escalones, tan pendiente, que está casi perpendicular á su base. La plataforma tiene en su mayor longitud cuarenta y ocho pies castellanos, y sesenta en su mayor latitud. La media circunferencia de la base, tomada desde el escalón ó cuerpo A. B. C., pues mas abajo no se podía tomar con exactitud, es de ciento cincuenta y seis pies castellanos. El edificio lo rodean seis escalones de un pie de latitud, y los cuerpos que hay entre uno y otro escalón, tienen como siete pies de altura, los mas próximos á la base; disminuyendo esta altura progresiva-

mente en los de arriba, ó mas próximos á la plataforma. El edificio está construido con cal, arena y piedras grandes del río, y aunque en la plataforma y escaleras han vegetado algunos arbustos, se mantiene perfectamente conservado, debido tal vez al lugar oculto en que se encuentra. Cualquiera á primera vista juzgaría que el templo era macizo; pero no es así, pues el interior es un subterráneo de bóveda, el cual tiene su entrada por el lado del Poniente, en el lugar señalado en la estampa con la letra D. Dicha entrada es tan incómoda, que sin embargo de haber escavado nuestros mozos para dejarla algo espedita, no presentaba mas que la que área puede abrazar la media circunferencia de un círculo de una vara ó poco mas de diámetro. Las paredes tienen tanto espesor, que arrastrándose uno por el suelo, y llevando una luz en la mano, puede, con dificultad, llegar al punto adonde comienza la bóveda. Nosotros lo hicimos así; pero nos fué imposible entrar á ella, porque á causa, tal vez, de haberse desprendido alguna parte, habia gran cantidad de tierra que imposibilitaba el ponerse en pié. Desde el lugar hasta donde nos fué posible entrar, se veía parte de la bóveda, que es grande; y se distinguía la entrada á otros subterráneos, de los que con bastante sentimiento mio, no puedo por ahora dar razon. Permanecimos allí dos ó tres horas, y deseábamos que los hombres que habíamos tomado en el "Puente," entraran á despejar el tránsito hasta la bóveda; pero nada sirvió para obligarlos, y perdimos la esperanza, cuando vimos que no se atrevían á entrar ni hasta el lugar adonde nosotros lo habíamos hecho; temiendo, según decían, que alguna fiera ó alguna serpiente estuviere allí oculta. A alguna distancia del edificio, se distinguen los cimientos de una muralla, que sería, según parece, la que formaba el átrio que tenia toda esta clase de templos.

Segun mi pobre opinión, este templo debió ser erigido al dios Quetzalcohuatl, á quien el Dr. Sigüenza y otros escritores han tenido por Santo Tomás. Sabido es que todos los templos de los antiguos mexicanos tenían la plataforma, ya formando un cuadrado completo, ó ya un cuadrilongo, y que solo habia partes circulares en la de los templos erigidos al culto de Quetzalcohuatl. Este templo segun se ve en el plano, la tiene en esa disposicion. El lugar en que está situado me lo hace creer tambien, pues sea porque los indios sabian por tradicion, que cuando este dios quería publicar una ley, hacia subir á la cumbre de un monte á un pregonero, cuya voz se oia á una enorme distancia; sea porque lo tenían por el dios del aire, siempre le levantaban sus templos en las cumbres de los montes. Por eso construyeron los Tolteques en Cholula, la colosal pirámide que ha llegado á

nuestros dias; por eso en Tula le hicieron un templo en lo mas alto del monte, y en casi todo el imperio mexicano hacian lo mismo, pues era general el culto á este Dios.

En algunos mapas colocan á Cempoallan en el mismo sitio en que hoy se encuentra el "Puente Nacional;" y aun Cortés en sus cartas á Cárlos V, le supone á cuatro leguas de Veracruz, que es precisamente, ó poco mas, lo que dista el "Puente," de la "Antigua," lugar en que estaba Veracruz cuando Cortés hablaba. Pero las ruinas de Cempoallan, segun el dicho de personas fidedignas, se ven aun á algunas leguas al Norte de la "Antigua;" de modo que ó no habia poblacion alguna donde hoy se encuentra este templo, ó habia dos poblaciones con el mismo nombre de Cempoallan. Esto último no es creíble, porque aunque en el imperio mexicano habia muchas poblaciones con el mismo nombre, pues se encontraba v. g. un Jalapan en el territorio de Coatzacoalco, y otro en el de Totonacapan, y por este estilo muchas, parece imposible que hubiese dos de igual nombre, en el mismo territorio de los Totonacos, y á tan corta distancia una de otra. Por otra parte, lo espeso del bosque, y la antigüedad de muchos de sus árboles, dan á conocer que aquel terreno es virgen, notándose una gran diferencia entre la parte del bosque que está dentro del átrio, cuyos cimientos segun he dicho, se distinguen aún, y la que está fuera de él. Si convenimos pues, en que no existió allí poblacion alguna, y en que ese templo desde su origen estuvo aislado en el monte, es á mi entender una prueba mas para creer que fué erigido á Quetzalcohuatl, porque, segun entiendo, solo á este dios levantaban templos en esa disposicion. Por último, Quetzalcohuatl fué el que les dió á conocer á los indios la cruz, prometiéndoles por medio de esta señal, la serenidad en el aire, la lluvia necesaria, la salud corporal &c.; y las escaleras ó gradas de este templo, forman esactamente una hermosa cruz, como se vé en el dibujo. No se puede creer que la formacion de tal señal, fuera obra de la casualidad; porque los escalones que forman los brazos de la cruz, no pudieron tener uno alguno, pues son absolutamente innecesarios.

El subterráneo llamó tambien mi atencion, como que, segun entiendo, los otros templos de esta clase que se han encontrado, han sido macizos enteramente. Yo creo que se haria con objeto de guardar allí los tesoros del templo; y aun ocultarlos en caso necesario, pues segun he dicho, la entrada es pequeñísima, y está situada en una hondonada que forma el terreno, de manera, que poniendo un poco de tierra hasta emparejarlo, quedaria invisible. Podría creerse que en su origen estuvo el terreno igual, y que despues del tiempo que ha pa-

sado, los vientos formaron allí un depósito de tierra, que lo ha levantado por algunas partes; pero esto no es posible, porque ni puede tener efecto por el espeso bosque que circunda á aquel lugar, ni aunque así fuese, estaria la hondonada por el lado del Poniente, siendo el Norte el viento reinante allí, y el que sopla con alguna fuerza.

Difícil sería para mí, por mi escasa instruccion, y demasiado estenso para un artículo como el presente, el entrar en materia sobre la antigüedad que pudiese tener dicho templo, máxime, cuando todas serian conjeturas, no habiendo ningun dato cierto sobre que poder fijarse.

He visto la obra del alemán Nebel y algunas otras, y en ninguna se habla de tales ruinas, por lo cual juzgo que estos apuntes pueden tener algun interés.

Por el plano y dibujos que acompañan á este artículo, obras de D. A. Oboussier, se puede formar una idea exacta del templo.

Veracruz, 18 de Noviembre de 1843.

JOSÉ MARÍA ESTEVA.

POESIA ESPAÑOLA.

A la muerte de una gran señora, de colorada hermooura.

(FRAGMENTOS.)

ALLÁ por álveo anchísimo y umbrío,

Corre insensible el insondable río

Del tiempo y de la vida, sin que alcance

La débil vista de la mente humana

Ni su origen ni fin; pasan las olas

De los años, por años impelidas:

En pos les apresuran la carrera

Los siglos en corriente impetuosa,

Hasta hacerlas entrar desvanecidas

Del olvido en la tumba misteriosa.

Estos pasan tambien y desaparecen

Entre ruedas y círculos fugaces,

Que otros siglos y siglos reanencien

La eternidad les lanza poderosa.

De sus perenne cascadas fuentes,

Por medio de los turbidos raudales

La mente pusilánime arredrando,

Se ven llegar en formas colosales

Los sucesos que truecan las diademas,

Que trastorman imperios, devastando

Regiones y metrópolis supremas;

Llegan entre las lluvias de los males,

Con impetu estrellándose en la prole

Affigida de Adán que evita en vano,

El fiero amago de la horrible mole:

Las gentes de los ámbitos del mundo,

Inciertas corren, huyen espantadas,

Dan al viento sus tristes alaridos,

Y en los presentes écos resonantes,

De cien generaciones ya pasadas

Se ahogan los gritos que acordaron antes.

La márgen del no ser encierra al río

Con la márgen del ser en ancho cauce,

Enlazando á los dos con honda fauce

Un puente de magnifico atavío

En arcos de firmísimo topacio

Y dió la tierra al hombre en señorío.

Envolvío con las nubes del secreto

La entrada y el final del edificio,

Que la vida y la muerte son arcanos

Para el mortal: un hondo precipicio

Se traga al infeliz de los humanos

Cuando el velo que cubre tal misterio

Pretende alzar con sus impuras manos.

De las altas arcadas por remate

Se levantan las anchas galerías,

Y se tiende el grandioso pavimento

Por do en la inmensa de los dias

Al dolor entregadas y al combate

Con mil diversos títulos y nombres

A recibir un mismo acatamiento

Van las generaciones de los hombres.

Dos desiguales sendas se dividen

El anecho espacio del mármoreo puente

En cada cual alzándose eminente

Un templo allí al placer, aquí á la pena;

El ámbito mayor está decorado.

Sus grandiosas estancias y sus atrios

La especie humana por naciones llenan,

Y en su adición desesperada arrastra

De ageno crimen bárbara cadena,

Los miseros que suerte tan horrenda

Pretenden esquivar huyendo ansiosos,

Con prisiones se ven la ancha senda

Por invisible mano detenidos;

Y los ministros del dolor rabiosos

Lanzándose con gritos espantosos,

A lanzan á la turba sin ventura,

Y con moza cruel empedernidos

Venciéndoles su resistencia loca.

El cáliz de la hiel y la amargura

Les hacen apurar con triste boca.

La muerte en tanto con segur airada

Los hiera y lanza al insondable río

Que los lleva al abismo de la nada,

Colmando al punto el funeral vacío

Otra generacion mas desgraciada.

En la otra senda de recinto estrecho

El endro es otro y el placer habita

En su séglio feliz multido lecho;

Son su imperio vergeles y jardines;

En torno con la música concita

Los coros de las damas y festines,

Y al armónico son y dulces voces

Se allegan fascinados los mortales,

A su pesar pasándose veloces

Sin apagar la sed de los placeres,

De aquel centro de todas las delicias,

Casi al coger la flor de las caricias,
Número breve el séquito compone,
Que por alto decreto el cielo quiso
Hacer la tierra yermo para muchos,
Para pocos florido paraíso.
Por tal camino entrastes en la vida
Envuelta en sedas, infeliz matrona;
Oro y marfil ornáronte la cuna.

El ébano oriental con tiernos sones
Aprendiste á pulsar, y en dulce canto,
Simulando de amor el blando idioma
Te enseñaste á rendir los corazones
En arrullos de tímida paloma.
Con planta airosa de ligera pluma,
Que aun ni hollara el heno de la orilla,
Ni deshiciera entre la blanca espuma
Las pompas de cristal que forma el agua.
Te adiestraste á medir el rico suelo,
Del soberbio salón, con leves gijos,
Y en tu gentil donaire y suelta danza
Flechabas del amor los dulces tinos,
Entre el desden, la duda, y la esperanza,
El amor inspiraste con tus ojos,
Y el delirio con habla deliciosa,
Que si un rey se arrodiaba ante una hermosa
Y un reino sacrificó á sus antojos,
¿Quién no se rinde en lid voluptuosa
Á la muger que títulos enlaza
De princesa feliz con faz de diosa?
Lo mas gulan, la flor de la nobleza,
Los señores de alcázares y villas
Siguiéronte en finos galanteos
Y sirviéndote en finos galanteos
Los estados que ofrecen dos Castillas
Rindieron á tus pies como trofeos.
Cuidadoso rondando tus jardines
Acaso en tanto por la noche umbría,
A mas fino gulan viste templando
El lloroso laud de Andalucía,
Y entre fervidos ayes y suspiros
Cantar le oíste en triste melodía,
Respondiéndole tú con blandas quejas.
¿Oh qué placer en el amor primero
Hablar furtiva por las altas rejías
Con un tímido amante caballero!

¿Qué se hicieron las plumas y las flores
Que de tu sien realizaban la belleza?...
Todo murió, y en vez de gala veó
El mongil funeral en tu cabeza:
Tus miembros que vistieron por trofeo
Las riquísimas telas que en Oriente
Con oro teje el indio tributario,
Con místico sayal groseramente
Ora los cubre el mísero sudario.
Las turbas que vagaban placenteras
Cerca de tí y tu séquito formaban,
¿Dónde se fueron? ¡Ay! Te asisten hora

Solo yertas estútuas de alabastro,
La adusta faz cubierta de viseras,
O matronas que empapan con su loro
El manto de las fúnebres banderas.
No tal estancia alumbran mil antorchas
Sobre cristal en trípodes soberbios
Cual émulas del sol las viste un día,
En azul artesón y en alto estuco
Arderse entre la rica argentería.

Una lámpara triste, solitaria,
Suspensa de las bóvedas oscuras
Brilla con lumbré temerosa y varia,
Y al siniestro esplendor que el pecho pasma,
Ve la mente cruzar negras figuras
O pavorosa faz de una fantasma.
¿Qué de verdades reveló la muerte
A tu alma en los senos del sepulcro!
Abrió la eternidad ante tus ojos
Por entre el éter trasparente y pulcro,
Te mostró la mansion de los enojos
De la vida inmortal el alto arcano,
Y viste á Dios, en fin en el empleo
Las aguas conteniendo con su mano,
Al Señor de las célicas alturas
Que mil soles suspende con su aliento;
Y millones de arcángeles preside
Desde el piropro inmenso de su asiento.
Ven evocada á mi rogar ferviente,
Ánima triste, al señalar la una
El bronce vibrador de la alta torre:
Ven, en la noche, al brillo de la luna:
A mi fatal curiosidad descorre
Los velos misteriosos que la suerte
Solo nos alza dándonos la muerte.

SERAFIN CALDERON.

CHASCO MERECIDO.

El hijo de un labrador de la provincia de
Wiltshire, en Inglaterra, llamado Brown, de
edad de doce años, acostumbra ir á una villa
cercana á hacer las provisiones. Como aque-
llos contornos se hallasen infestados de ladro-
nes, el muchacho escortaba á prevención las mo-
nedas de oro, llevando en el bolsillo las de pla-
ta y cobre. Un día que iba por el campo, se le
presentó un ladrón pidiéndole el dinero. Brown,
fingiéndose sorprendido, le dijo: ya que queires
mi dinero, justo es que vayas por él; y tiró del
otro lado de un foso un puñado de monedas:
el ladrón viendo que eran muchas, fué á reco-
gerlas dejando á Brown el tiempo de huir; mas
volviendo la cara, vió con sorpresa al muchacho
que, montado en su caballo, corría á to-
do escape. Seguramente no esperaba esta ac-
ción de un contrario tan jóven. La maleta del
ladrón valia infinitamente mas que las monedas
que Brown habia arrojado.

PANORAMA DE MEXICO.

MONTERREY.

CAPITAL DEL DEPARTAMENTO DE NUEVO LEON.

REGULARMENTE hay un concepto equivocado, entre las personas que no han salido de su pais natal respecto á la cultura, belleza y civilization de otros Departamentos de la república. Estas ideas y la carencia de comunicaciones rápidas y frecuentes de un punto á otro, hacen que suela observarse en los Departamentos cierta especie de provincialismo, conveniente si llega á determinado limite; pero perjudicial cuando excede de él y ocasiona que los individuos vean todo lo que no es de su pais con cierta indiferencia, y puede decirse aversión y encono.

En cuanto á nosotros, esentos por fortuna de ese influjo, pues en México no existe tal preconcepción, hemos procurado presentar en nuestro periódico una serie de artículos con el nombre de *Panorama* que den idea de las bellezas de otros pueblos del interior, convencidos que si tal vez no tan bien escritos como fuera de desearse al menos manifiestan terminantemente los deseos que tenemos de conciliarnos las simpatías de nuestros numerosos y benévolo suscritores foráneos.

Una de las ciudades mas printorescas y acaso no conocida bastante, es la de Monterrey, capital del Departamento de Nuevo-Leon, bien que todo este terreno puede sin escasegacion llamarse un jardín.

Monterrey está situado en un pequeño valle al pié de las últimas montañas de la Sierra Madre, dista de la capital de la república como doscientas ochenta leguas, y de los puertos de Tampico y Matamoros poco mas de cien leguas. El plan de la ciudad es bastante regular: los edificios si bien de esa clase de arquitectura sin belleza ni elegancia, son sólidos, de buena apariencia, y cómodos en lo interior: las calles son rectas, con sus respectivas banquetas, empedradas y alumbrado en las noches, y la catedral es un templo semejante á nuestros celebradas iglesias de Santo Domingo ó San Agustín.

Pero lo que hace que tal poblacion sea estremadamente bella, es su situacion al pié de dos cerros elevadísimos, el de *La Silla* y el de

La Mitra. El primero cuyo nombre le viene sin duda de la perfecta semejanza que tiene la figura de su cima con un fusto de silla, es de una altura prodigiosa y tiene una hermosura y un encanto prodigiosos. Tan lleno de verdor, tan magestuoso, dibujándose en el azul del firmamento; he visto multitud de cerros y de montañas, pero nunca habia contemplado otro tan lleno de belleza como el cerro de la Silla de Monterrey; parece el protector de la ciudad y el confidente de los astros. Por las mañanas el sol le envia sus primeros fulgores, y lo tife de púrpura; por las tardes reclina un momento sobre él, y suende su cabellera de oro en su cima llena de flores y de arbustos, y en las noches se ve sobre el último picacho al parecer clavada á la luna blanca y hermosa como una perla, ó al lucero resplandeciente arrojando sus pálidos y temblorosos fulgores.

El otro cerro tiene aunque imperfectamente, la gura de una mitra, y tambien por ese motivo le han llamado así; pero ni su situacion ni su figura, ni su fertilidad, igualan á la del antecedente.

El cerro solo, como ya expresado, haria de Monterrey uno de los sitios mas bonitos de la república; pero aun tiene otros estremadamente pintorescos, tales como el Ojo de agua; el puente de la Purísima, y el bosque de Santo Domingo. El primero es un manantial de agua clarísima, situado en un estremo de la ciudad y rodeado de árboles, de plantas, y de flores, pero que crecen con tal eschuberancia y fertilidad, que casi se entretejen y enlazan unas con otras, formando materialmente una alfombra de flores, y un toldo de verdura. En este ojo de agua, hay algunas clases de pescado bastante buenos, y sobre todo un escelente camarón, de un tamaño extraordinario que no lo habia yo visto, ni aun en las lagunas de las orillas del mar.

El puente de la Purísima está construido en el rio que se forma, segun creo, con las vertientes del Ojo de agua, para comunicar una parte de la ciudad con otra donde se están edificando muchas casas, y se comenzó á levantar una nueva

catedral. A la izquierda del puente hay una calle formada de preciosas casitas y de huertas, sombreada por unos álamos, y este punto es el del paseo en los días festivos. Acaso se figurarán los que lean esto que ninguna belleza debe tener un paseo semejante; por el contrario, la vista de la campiña verde y frondosa terminada por el cerro de la Silla, y la dulzura que se experimenta al ver deslizarse las aguas del río, diáfanas y cristalinas por entre multitud de árboles y de plantas silvestres, y el ambiente tan puro que se respira, hacen que este paseo formado mas por la mano de la naturaleza que por la del hombre, sea uno de los mas gratos que puedan concebirse.

El clima de Monterey es estremoso, y en tiempo de otoño el calor es á veces mas sofocante que en la costa, habiendo ademas la circunstancia de que caen fuertes chubascos, acompañados de multitud de rayos. Por lo demas es bastante sano; y los mosquitos y animales pezonosos no son abundantes.

Concluiré este artículo diciendo una palabra sobre los habitantes. Salvo algunas afecciones pronunciadas de provincialismo, es la clase de gente mejor que yo he conocido: amables y hospitalarios, no desdicen del carácter mexicano, habiendo ademas la ventaja de encontrar particularmente entre las mugeres una sencillez y un candor y modestia apreciables.

Si Monterey estuviera completamente libre de la terrible plaga de los indios bárbaros, que en tiempo de invierno suelen cometer sus depredaciones en las cercanías, sin duda que progresaria mucho, y sería uno de los mas deliciosos países para pasar una vida quieta y tranquila.—M. PAYNO.

LONGEVIDAD COMPARADA.

Un escritor ingles, M. Madden, ha publicado bajo el título de fisiología de los literatos, una obra en la que procura generalizar algunas observaciones sobre la relacion que tiene el talento, y el género de trabajo con la salud, el carácter, la fortuna y la longevidad de un gran número de sabios, de artistas, de poetas, de oradores, &c., remitiendo las diferentes edades de los individuos de cada serie; M. Madden ha obtenido los resultados siguientes.

20 Sabios han vivido...	1.494 años: término medio.	75
21 Filósofos.....	1.409	70
22 Escritores y pintores.....	1.412	70
23 Jurisconsultos.....	1.394	69
24 Médicos.....	1.368	68
25 Teólogos.....	1.350	67
26 Filólogos.....	1.337	66
27 Músicos.....	1.384	64

30 Romanceros.....	1.359 años: término medio.	63
31 Autores dramáticos.....	1.249	62
32 Poetas.....	1.164	57

Segun se ve, la ventaja resulta en favor de los sabios y filósofos, y la desventaja en contra de los romanceros, poetas y autores dramáticos. Sin embargo, entre estos últimos Young llegó á 84 años, que por cierto es una respetable edad y Dryden murió á los 70 años. En cuanto á los autores dramáticos, tambien se encuentran excepciones: Crebillon murió de 89 años, Goldoni de 85, Voltaire de 84, Goete de 82, Corneille de 78, Lope de Vega de 73, Otway, autor de *Venezia salvada*, de 34; Schiller de 46, Shakspeare de 52, Racine de 60. Los mas notables ejemplos de longevidad referidos por Madden, se encuentran en la columna de los artistas: Miguel Angelo y el Ticiano, llegaron ambos á 96 años; Rafael y Byron murieron de 37 años; Mozart de 36.

Las indagaciones de Mr. Madden nos dan á conocer que Buffon vivió 81 años. Franklin 85. Herschell 84. Copérnico 70. Leibnitz 70. La place 77. Dante 56. Milton 66. Aristóteles 59. Pope 56. Tasso 52. San Lambert 88. y Newton 84.

[Traducido para el Museo.]

PATRIOTISMO.

Los españoles, con el fin de entrar en Francia, concibieron un proyecto contra Bayona en el año de 1592. Para ello, el gobernador de Fuenterrabía habia ganado en Bayona á un médico, llamado Blancpignon, con el que mantenía una correspondencia epistolar muy seguida, y que le informaba de cuanto pasaba en la plaza, en términos de medicina convenidos entre ellos; y bajo la figura de un enfermo que ya sanaba, ya peligraba, ya necesitaba de prontos remedios, ya debía tratarse con mas tiento, le indicaba el tiempo y precauciones que era menester tomar para coger la ciudad. Blancpignon dirigia todo este negocio de acuerdo con un español establecido mucho tiempo hacia en Bayona; y las cosas estaban ya tan adelantadas, que una escuadra y un ejército de tierra debían presentarse derrepente delante de la plaza en un cierto día designado. Pero un propio, que venia de Fuenterrabía de parte del gobernador, fué sorprendido con unas cartas por el estilo de las que habían precedido, y confesó que iban destinadas al médico, y al español. Estos fueron al punto presos por Hillero, gobernador de Bayona, que los convenció de traicion: y para sorprender entonces el mismo á los españoles, induciéndolos á presentarse con sus tropas delante de la plaza, prometió la vida al español, si quería escribir al gobernador una carta que él le dictara; pero queriendo aquel mas morir que vender á su nación, fué ajusticiado con el médico.

DON CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA.

..... Sapiens uno minor est Jove.
HORAT. LIB. 1.º EP. 1.º

Bacon dijo que la historia del mundo sin la de los sabios, sería la estúta de Polifemo sin su ojo; pensamiento brillante que nos revela el vasto y grandioso plan de historia, que el sabio ingles habia concebido y trataba de inspirar á los historiadores de su tiempo, para que lo realizaran. Mas desgraciadamente la historia de los sabios ha caminado siempre tan poco de acuerdo con la del mundo, que no hay mas que ponerse á hojear las crónicas é historias de las naciones, para convencerse de esta verdad, y ver en ellas opacados esos astros de la sabiduría, sin los que el mundo hubiera quedado eternamente sumergido entre las sombras del crepúsculo. Arrastrados los historiadores por no sé qué fascinacion fatal, han empleado siempre todo su conato en fijar su antejo de aumento, sobre aquellos hombres que guiados por una ambicion desmedida, no han sabido sino llenar de desolacion y de espanto á la mísera humanidad; y Alejandro, y César, y Napoleón, y otros, á quienes no debe el género humano sino desesperacion y lágrimas, han aparecido á sus ojos como gigantes, mientras que ante ellos han pasado desconocidos todos esos sabios ilustres, á quienes el mundo debe su felicidad, por el constante empeño que han tenido en mostrarle la verdad en el camino de la vida. ¡Miserable condicion la del hombre que doblega la cerviz ante el vicio mismo, cuando éste aparece rodeado del fausto y esplendor de los magnates, y desprecia la humilde y austera virtud de aquel

*Que sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!*

Tal ha sido el sistema incompleto de casi todos los historiadores; si Lacepede, Daru y otros nos han legado en sus historias los nombres de los sabios, y los adelantamientos que han impreso á las ciencias, son estos muy pocos, en comparacion de todos los que han guardado un silencio vergonzoso, sobre todos esos grandes acontecimientos.

Se han escrito, es cierto, historias literarias que abrazan los fastos de todas las ciencias, des-

de su nacimiento hasta la época en que se escribieron; y todos, ó si no todos, los mas, habrán leído la del abate Juan Andrés, y últimamente la de M. Villemain, los que en mi concepto no han hecho otra cosa que dar un paso muy avanzado en la realizacion del gran pensamiento de Bacon. Mas á pesar de todo esto, un gran recurso le ha quedado al hombre para hacer que la memoria del sabio pase á la posteridad, y viva eternamente en ella, como la de los orgullosos conquistadores, y es la biografía; ese cuadro vivo y animado, en que se bosqueja la vida laboriosa del sabio, y se le hace aparecer en medio de todas sus opiniones, que por diversas que á primera vista aparezcan, todas no obstante se dirigen á un fin comun, que es la investigacion de la verdad. Ya en la antigüedad tenemos ejemplos de la alta reputacion de que gozaba este ramo literario en las vidas de los filósofos, que en estilo claro y elegante nos dejó Diógenes Laercio, y en el Libro de oro de Plutarco, en sus Vidas de varones ilustres, porque ya entonces se habia comprendido cuán interesante es la vida del sabio, por la íntima relacion que con ella tienen las opiniones que en sus escritos desarrolla, y si quiere probar el estado de ese mismo ramo entre los modernos, no se tiene mas que echar una mirada sobre tantas obras, como con este solo objeto se han publicado. Ahora bien, nosotros hemos tenido sabios que si hasta aqui han permanecido ignorados, no ha sido sino por nuestra incuria, y por el desprecio con que siempre hemos mirado las cosas que nos pertenecen; nosotros, pues, debemos adoptar la biografía, como el único medio que tenemos de levantarles un monumento literario, y de hacer que su memoria se perpetúe en las generaciones venideras; y á ella es á la que me propongo recurrir ahora, para trazar, aunque rápidamente, la vida de un sabio, hasta aqui desconocido de la mayor parte de mis patrios; de un sabio que en Europa hubiera participado de los laureles gloriosos de Galileo y Newton, de Leibnitz y Descartes; de un sabio, en fin, que si no levantó su ingenio á la altura á que hubiera podido llevarlo, sí lo hizo hasta donde pudiera ser mi-